

Y con él, con su cólera y su espada,  
Con Rodamonte y su soberbia cierra;  
Y apuntando á la gola una estocada,  
Aunque por su desgracia el golpe yerria,  
Tal fue su furia y su llegar tan presto,  
Que le llevó seis pasos descompuesto.

Valióle al verno del francés caudillo  
Coger al rey de Argel de sobresalto,  
Que á tener mas lugar de prevenillo,  
Su muerte fuera el descompuesto asalto:  
Yo solo que lo ví puedo decirlo,  
Que fui á ayudarle en verle de armas falto,  
Al tiempo que el jayan de rabia loco  
Le era para vengarse el mundo poco.

Lanzando humo y fuego la visera,  
Y los dientes quebrando de coraje,  
Sobre el francés la cimitarra fiero  
Hace á dos manos que furiosa baje:  
Fue su reparo el ir á la ligera,  
Y un salto que por medio no le raje,  
Que á esperarle fiado en el acero,  
Dos Gaiferos hiciera del primero

Al desviarse dél bajó la espada,  
Y á un duro risco en inmortal empeño  
La mitad de ella se quedó clavada,  
Y bramando de cólera su dueño;  
Por junto al firme puño destroncada,  
Y viendo el golpe en vano, aquel pequeño  
Trozo que de su alfange halló consigo,  
Furioso envió á buscar á su enemigo.

El bravo Alcín, y el bello Atenedoro,  
Ambos competidores y galanes,  
Que por la dama que gozó Medoro  
Otro tiempo pasaron mil afanes;  
A la sazón que el descompuesto moro  
De la espada arrojó los gavilanes,  
En favor iban del francés Gaiferos,  
Matando el uno, el otro haciendo fieros.

Y aunque erró el tiro el moro de arrogante,  
A Atenedoro dió que era el postrero,  
Que no está todo el riesgo en ir delante,  
Ni el peligro mayor en ser primero:  
La celada le abrió, que á ser diamante  
Lo mismo fuera entonces que de acero,  
Poniéndole los sesos por el suelo,  
Y á Alcín eternas treguas en su celo.  
Gaiferos que vió el golpe, y la herida,  
Y que le libró de ambos su destreza,  
No huye el riesgo, que salvar la vida  
Padeciendo la honra no se grandeza,  
Y aunque está la ventaja conocida,  
Y armado de los piés á la cabeza  
El moro, y él sin armas todavía,  
En mas que el hierro está la valentía.

Por la cimera le alcanzó un mandoble,  
Que de plumas dejó sembrado el suelo,  
Y forzó al fiero rey que humille y doble  
El cuello altivo á su orgulloso celo;  
Que honra herida en sentimiento noble,  
No hay cosa que acometa con recelo,  
Tras él le da una punta y otra punta,  
Por quien tal vez la roja sangre apunta.

El moro que se halla sin espada,  
Y de un hombre sin armas ofendido,  
En rabia ardiendo con la vista airada,  
Parece al cielo vuelto áspid herido;  
Y de la peña que dejó cortada,  
Un duro risco en alto suspendido  
Contra el francés arroja, y arrojara  
El monte Tauro que á sus piés hallara.

Bien así el ciego Polifemo bruto,  
En descompuesta cólera encendido,  
Sintiendo irse por agua el griego astuto,  
En su humilde vellon entretejido;  
De la puerta del sótano con luto

El gran peñasco asíó, y tiró al ruido  
Del libre preso ya, y el peso grave  
Hiciera en medio el mar hundir la nave.

No fue de riesgo el espantoso tiro,  
Aunque se llevó á Fabio por delante,  
Fabio infeliz, que natural de Epiro  
En Francia subió á noble de farsante;  
Y dando el alma el último suspiro,  
Confesó que la culpa de arrogante  
Mudar le hizo de oficio y pasatiempo,  
Y en la guerra morir antes de tiempo.

Mas no dejó su muerte sin venganza  
El francés capitán, que al homicida  
A dos manos por medio el cuerpo alcanza  
De un revés diestro una mortal herida;  
Dada en tal ocasion, con tal pujanza,  
Que á no estar la escarcela guarnecida  
Con redobladas láminas de acero,  
Mucho antes le matará que Rugero.

Fue encenderle la cólera al gigante,  
Que saliendo de sí de rabias lleno,  
Un duro roble asíó que vió delante,  
Cual seca caña de liviano heno;  
Y de él ya hecho un bárbaro montante,  
Lleva á dos manos sin templanza y freno  
A descompuestos golpes el medroso  
Campo huyendo de su herir furioso.

Las calientes entrañas escondidas  
Ya por el valle aquel deja sembradas,  
Los destrozos, crueldades y heridas  
Sin cuento fueron para ser contadas;  
Diferencias de muertes nunca oídas,  
Antes puestas por obra que inventadas,  
Aquí destroza y hunde, acullá mata,  
Y un campo entero asombra y desbarata.

Así tal vez del Alpe se desgaja  
Peñasco altivo en impetu furioso,  
Que á buscar en el centro humilde baja  
A pesar de los árboles reposo;  
Y si la encina, el Fresno, ó roble ataja  
A su caída el vuelo presuroso,  
Hasta arrojarle en el profundo valle  
Por cuanto encuentra rompe, y hace calle.

Tal el jayan en su tropel violento  
El roto campo con furor derrama,  
No causa mas horror el raudó viento  
Cuando en las olas del Egeó brama;  
Y á escarpar solo el marmero atento  
A Santelmo en devotos gritos llama,  
Que del moro el destrozo y el gemido  
Del campo humilde á su furor rendido.

Y mientras el soberbio rey de Sarza  
Tales blasones labra á costa nuestra,  
Bravo en ver que el francés huya, y se esparza,  
Medroso de los golpes de su diestra;  
El valiente Alancredo de Galarza,  
Del montañés valor su parte muestra,  
Defendiendo la bella Melisenda  
De mil moros que acuden á su tienda.

Era el jóven feliz de ánimo vivo,  
Briosa portacion, y fuerza brava,  
Galan, diestro, cortés, bizarro, altivo,  
Que el rojo bozo apenas le apuntaba;  
De una bella mujer recien cautivo,  
Que á la francesa infanta acompañaba,  
Y la formó de intento su ventura,  
Mas que el sol bella, y mas que el mármol dura.

Dióle el gusto y el alma por despojos  
A las primeras vistas de su gala,  
Y ella por una gloria mil enojos,  
Que amor es peso que jamás se iguala:  
Bien que tal vez con halagüeños ojos  
Le acaricia al descuido y le regala,  
Que no hay mujer tan dura y desabrida  
Que del todo aborrezca si es querida.

Tocóle aquella noche ser de guarda  
A la real tienda, cielo de su gloria,  
Adonde en sueño en vuelta la gallarda  
Rosia, del ni de sí tiene memoria:  
Mas el que ama de veras nunca aguarda  
A si es ó no su voluntad notoria,  
Que en cuanto hace, habla, piensa, siente,  
Siempre se da el amante por presente.

Fue por ser visto el montañés gallardo  
Mas puesto á lo galan que á lo seguro,  
Bizarra calza de amarillo y pardo,  
Grabado, pero ardiendo en oro puro;  
Plumas en el sombrero, y por resguardo  
De una acerada cofia el temple duro,  
Relumbrante rodela, espada y daga,  
Y un gran valor que á todo satisfaga.

De verde y plata el fino arnés grabado,  
De aljofar y oro los bordados tiros,  
Una banda de perlas y encarnado,  
Y un collar de diamantes y zafiros;  
Un barco entre dos aguas engolfado,  
Que las altera un ciego con suspiros,  
En la rodela, y este mote abierto,  
»Donde está el bien dudoso, el mal es cierto.»

No se vió en los cristales de Zefiso,  
Ni trastornó las flores del Parnaso  
En mas lozano talle su narciso  
Siguiendo á un presto corzo en campo raso;  
Ni con mas gracia, mas primor ni aviso  
Notó Beocia su gallardo paso,  
Cuando fue de sus selvas el tesoro  
Con arco de marfil y flechas de oro:

Que el brioso Alancredo con su gente  
A hacer la ronda fue, y guarda á su dama,  
Donde los arboles del Oriente  
Le saludaron con su nueva llama;  
Y el mauritano campo de repente,  
Con la ocasion de un gran renombre y fama,  
Dándole amor aliento, el honor brio,  
Y su espada de sangre mora un rio.

El rubio orion, que con su alfange de oro  
El mundo alumbraba, parecía á la puerta  
De la real tienda, cuando el cauto moro  
La asaltó en sueño sepultada y muerta;  
Y el de su nuevo amor viendo el tesoro  
Al riesgo puesto de una suerte incierta,  
Y que aun los bravos huyen, sale ciego  
De honra y amor de dos haciendo un fuego.

»Teneos, dice, cobardes, ¿dónde os lleva  
El deseo infame de vivir sin honra,  
Que antes de hacer de los contrarios prueba,  
Desu temor haceis vuestra deshonra?  
Tened, parad, volved, haced que os deba  
Mi espada el verla un rato como os honra,  
Y de este orgullo os da, que ahora os espanta,  
A costa suya una venganza santa.

Si tanto miedo os pone el de la muerte,  
¿En cuál parte del mundo no se halla?  
¿Dónde ó cómo podrá la humana suerte  
Dejar por mas que huya de alcanzalla?  
¿Adónde al flaco campo hui del fuerte,  
Cobarde, vil y misera canalla?  
¿A qué castillo, á qué ciudad, qué muros,  
Si con trincheas aquí no estais seguros?»

Dijo, y en tanto que él con sus razones,  
Y los sangrientos filos de su espada,  
Venció algunos honrados corazones,  
Y mató alguna gente desmandada:  
Una escuadra de alarbes nasamonés,  
Gente en las sirtes líbicas criada,  
La tienda real entró, prendiendo en ella  
A Melisendra ilustre, y Rosia bella.

El montañés que mira su esperanza  
Mudada en posesion de un torpe moro,  
Y que en cualquiera punto de tardanza

A mortal riesgo queda su tesoro:  
Furioso en medio el escuadron se lanza,  
A rescatar con sangre y no con oro  
La vida de su alma que es amante,  
Y está á verle morir su amor delante.

Hiere de tajo, de revés y punta,  
Y á voces, golpes, gritos y heridas,  
De amor la furia á la de Marte junta,  
Rinde, espanta, acobarda, y quita vidas;  
Y al que la suya vió llevar difunta,  
Con manos sin temor descomedidas,  
Los ojos con que osó verla agraviada,  
Ambos se los cosió de una estocada.

A otro el brazo cortó, dejando asida  
La mano al velo de oro y halagüeño,  
Por donde la prendió medio dormida,  
Y le quitó la libertad y el sueño;  
Y ya en ella y su honor restituida,  
»Toma, dice, señora, este pequeño  
Servicio, del que indigno de tal palma  
No se atreve tambien á darte el alma.»

Ella en alegres ojos y alma ardiente,  
Con un tierno suspiro vergonzoso  
El riesgo le pagó y favor presente,  
Que á mas que esto un mirar es poderoso;  
A la sazón que un bárbaro inclemente  
Al francés lecho perturbó el reposo,  
Por saquear la bella Melisenda,  
Y el rico mueble á su asaltada tienda.

Pone punto al amor, y á la honra acude  
Suya en un trance tal, y de la infancia,  
Y sin que el jayan fiero el paso mude,  
La cabeza le deja sin garganta:  
Haciendo en esto que la reina dude,  
Si el bulto muerto mas que el vivo espanta  
El lecho, antes de gusto, ya cubierto  
De roja sangre, y un contrario muerto.

Los demás que en la tienda al robo atentos  
Por interés sin honra habian entrado,  
Asombrados de golpes tan violentos  
Por la vida renuncian lo robado;  
Y al victorioso amante entre lamentos  
De francesas beldades rodeado,  
Que asidas todas de él, pensó cada una  
Guarecer en la suya su fortuna.

La tienda reforzó cual mejor pudo.  
Y al paso se hizo una invencible roca,  
Donde un ciego monton de pueblo rudo  
Confuso arremetió con furia loca;  
Por capitán un Zahará membrudo,  
Nacido del rio Cénega en la boca,  
Que al filo de una corva cimitarra,  
A un hombre dentro de su arnés desgarró.

Acertóle uno al montañés valiente,  
Y no bastando á todo la rodela,  
Parte aunque poca le alcanzó en la frente,  
Que le sirvió á su cólera de espuela:  
Tras él la chusma de la negra gente,  
En confuso escuadron y estrecha muela,  
Por todas partes le acomete y pica,  
Y en sangre ajena y propia le salpica.

Uno le arroja un dardo, otro una flecha,  
Otro el venablo que á sus piés enclava,  
Este con él se afirma, aquel le flecha,  
Este hiere de alfange, aquel de clava:  
Parecia nube y tempestad deshecha,  
Que instrumentos de guerra granizaba,  
Cruzando por el aire hechas cometas,  
Chuzos, lanzas, gorgucos y saetas.

Y él como áspere roca á todos vientos,  
En medio el turbulento mar sentada,  
Que de los alterados elementos  
Es por mil partes juntas contrastada;  
La mar carcome, y bate los cimientos,  
De rayos, aires, y ondas asaltada,



Y ella firme en sus ásperos bajios  
De lejos pone espanto á los navios.  
Andaba por mil partes mal herido,  
Aunque de todas á su honor vengado,  
Que no hay en su esgrimir golpe perdido,  
Ni en su reputacion tiempo olvidado;  
Mas ya de tanto bárbaro ofendido,  
Y de ayuda y socorro desahuciado,  
La rodela arrojó, y asíó la espada,  
Que ha de dejar su cólera vengada.  
Y al feroz capitan en brio lozano,  
Al pasar de dos brazos quitó el uno,  
A otro dejó en un pié y sin una mano,  
Y á otro cortadas ambas sin ninguno:  
A este hiere de corte, á aquel de llano,  
Y este y el otro ensarta de uno en uno,  
Hiende, parte, rebana, descabeza,  
Y cuando al parecer acaba, empieza.  
La bella Rosia que en sangriento dia  
Su caro español ve pisar la tierra,  
Y la pena del riesgo en que le via  
Al rostro saca lo que el pecho encierra:  
Deseosa de tenerle compañía,  
Y con vista de paz templar su guerra,  
Sin ocasion salió, que la sacaba  
Cloto, y el filo ya á su estambre daba.  
Eran escarches de oro sus cabellos,  
De un cielo de marfil ricas techumbres,  
Que en tiernas rosas y jazmines bellos  
De su garganta dan doradas lumbres:  
Los ojos de azabache, y dentro de ellos  
De placenteras niñas dos vislumbres,  
Que al sol retozan, que en coral hacia  
La rica concha de quien nace el dia.  
Salió á ver el ejército enemigo,  
Y así le dice á su español brioso:  
»Tu brazo el cielo esfuerce, ó caro amigo,  
Y de riesgo te saque tan dudoso:  
Animo amor, que moriré contigo,  
¡Oh Anercio triste, agüero prodigioso,  
Fortuna cruel, que á la primera suerte,  
Quieres que sea el favor azar de muerte!»  
Aun mas queria decir, cuando de lleno  
La voz le atajó un dardo, que venia  
Deseoso de llegar al blanco seno,  
Donde su cielo la beldad tenia:  
Cayó cual tierna flor en valle ameno,  
Al tiempo que su amante revolvia  
A darle el alma y vida por despojos,  
Y cobrarla él de nuevo de sus ojos.  
¡Oh tragedias de amor, glorias de viento  
Las que el tiempo nos muestra en sus mudanzas!  
¡Vienen en sombra, sombras de contento,  
Tesoros de engañadas confianzas!  
¡Con qué facilidad mudan asiento  
Las mas bien asentadas esperanzas!  
»¡Oh mi gloria, acabada ya, y perdida!»  
Dijo Alancredo al golpe de su vida.  
Quiso ir á recibir entre sus brazos  
El desmayado cuerpo de su dama,  
Y los primeros y últimos abrazos  
Con que sin tiempo le convida y llama;  
»Mas ¡o merezco, dice, tales lazos,  
Ni que de mí en el mundo quede fama,  
Si antes no le quitare con la vida  
La gloria de tu muerte al homicida.»  
Así dijo, y cual Hércules furioso,  
Con el incauto don de Deyanira,  
Rompe, quiebra, destroza, y presuroso  
Los altares trastorna ardiendo en ira;  
Hasta llegar al mensajero odioso  
Que el presente le dió, y temblando mira,  
Y en él á su furor ciego entregado,  
A no poder ya mas muere vengado;  
Así de Rosia el sin ventura amante

Furioso entró en el escuadron tejido,  
Rompiendo cuanto encuentra por delante,  
Hasta el cobarde moro mal nacido;  
Que con medroso y tímido semblante,  
Del tiro y daño hecho arrepentido,  
Las espaldas volvió, mas no se fuera,  
Aunque por padre á Dédalo tuviera.  
Por el crespo cabello, áspero y duro,  
Bramando le ase, y dél rastrando tira,  
Y haciendo que le den paso seguro,  
Seguro va á pesar de quien le mira,  
Adonde yace entre un confuso muro  
De armas un rostro bello, en quien espira  
Del mundo la beldad, de honor lo justo,  
De amor lo fino, y de su amante el gusto.  
Llega, y haciendo campo con la espada,  
El delincuente preso le presenta,  
Y así le dice con la voz turbada:  
»Remate triste de mi alegre cuenta,  
Suspende por un rato la jornada,  
En tanto que esta víctima sangrienta  
En tu altar sacrificio, y yo tras esto  
A seguirte y morir por tí me apresto;  
Que no es bien que la pena de perderte  
Pueda menos en mí que un enemigo,  
Y que la aprehension del bien de verte  
No me lleve tras tí á verme contigo:  
Mi corta vida se acabó en tu muerte,  
Y así es muy fácil de acabar conmigo;  
Sigo tus pasos, que á quien vive en pena,  
La muerte mas penosa le despena.  
Ya la vida me sobra, y el suave  
Deleite del morir siento en el pecho,  
Gloria y gusto que no se alcanza y sabe  
Sino es al punto deste paso estrecho:  
Que el cielo á este secreto echó la llave  
Porque el mundo quedase de provecho,  
Que á saberse lo dulce de la muerte,  
Fuera el largo vivir adversa suerte.»  
Así dijo, y al moro que fue causa  
De la triste tragedia clavó al punto  
La daga al corazon, con que hizo pausa  
Su miedo, y se estendió el cuerpo difunto;  
Y tomando en sus brazos quien le causa  
Tormento, vida y muerte todo junto  
Los ya turbados ojos un instante  
Para mayor dolor puso en su amante.  
Y con la débil voz enflaquecida,  
Como aceptando el sacrificio hecho:  
«¡Ay, dice, honesto amor, prenda querida,  
Cuan tarde conocí tu honrado pecho!  
¡Ingrata, que te vine á dar la vida,  
A tiempo que ya no era de provecho!  
Siendo para morir con pena eterna,  
Dura en la vida, y en la muerte tierna.  
Mas si una alma es de estima en quien mudanza  
No habrá ya para siempre, en ella viva...»  
Fue á decir tu memoria, y no le alcanza  
La última parte que quedaba viva:  
Cayó muerta, y con ella la esperanza  
Del triste amante, que con ansia esquivaba  
Del presente dolor, y la perdida  
Sangre, tambien allí quedó sin vida.  
En tanto el francés campo, á la potencia  
Del fiero rey de Argel, cayó delante,  
Sin caudillo que hiciese resistencia  
Al furor de su ejército arrogante;  
Que á unos el miedo, á otros la imprudencia,  
Para darlos rendidos fue bastante,  
El moro con soberbia vanagloria,  
Del despojo gozando, y la victoria.  
Yo en tanta confusion del ya vencido  
Campo francés las sobras derramadas  
Cual pude recogí, aunque mal herido,  
En escuadron y mangas concertadas;

Gente visóna, pueblo mal regido;  
Que los de pundonor y armas honradas,  
Por varios trances, en diversos modos,  
Sin dar un paso atrás murieron todos.  
Cuatro mil desta gente alborotada,  
Al ronco son del repentino asalto,  
A defender su honor mal enseñada,  
En mi real estandarte hicieren alto:  
Melisendra á Sansueña fue llevada,  
Su esposo, de armas y de sangre falto,  
Quedó donde un soldado fugitivo  
Por muerto entre los muertos le halló vivo.  
Con estas sobras de vencida gente  
Al socorro pasé del rey ingrato,  
Que en Samos, en custodia suficiente,  
Sin magestad vivia ni aparato;  
Cual ya otra vez huyendo la insolente  
Tiranía se libró de Mauregato,  
Que de aquel santo claustro la guarida  
Dos veces le dió el reino, y dos la vida.  
Rehice allí sus fuerzas con la mia,  
Y el bastante presidio reforzado,  
La vuelta de Leon tomé otro dia,  
Injusta córte del tirano alzado;  
Por si abría puerta, ó encontraba guia  
De reduccion al pueblo rebelado,  
Y con deseos tambien de ver mi esposa,  
Del cielo de mis gustos alba hermosa.  
Filarco un noble caballero godo,  
Caudillo fiel de aquellas dos banderas,  
Que en Mondoñedo contra un campo todo  
De unas hojas se armaron de higueras;  
A cuya sombra se peleó de modo,  
Que cobraron cien bellas prisioneras,  
Y á España dieron libre del pedido,  
Y á Figueroa blasones y apellido:  
Deste fue hija Arlinda, por quien vivo  
Alegre al rayo de sus ojos bellos,  
Desde el dia que amor blando y esquivo  
Para mi bien labró su alcázar dellos:  
Vilos en mi niñez, fui su cautivo,  
Y todo el cielo de mi gloria el vellos,  
Hasta que en dia feliz, y hora dichosa,  
Rey de mis gustos fui, y ella mi esposa.  
Trazóse el nudo de mi honrado intento  
Para la vuelta y fin de la jornada  
Del viaje de Lutos, y este asiento  
La ocasion suspendió de mi embajada:  
Llevado pues de mi amoroso aliento,  
Y la real pretension justificada,  
Por si en los tratos descubriese modo,  
Que al rey pueda importar y al reino todo.  
Llegué á la córte en hábito encubierto,  
El riesgo huyendo del tirano brio,  
Solo al infiel Garilo descubierto,  
Un hombre hecho de solo el favor mio;  
Sagaz, traidor, doblado, astuto, incierto,  
Con mas mudanzas que el raudal de un rio,  
Y con un medio tan de azares lleno,  
Ventura fue salir suceso bueno.  
Peligro es levantar á honras mayores  
Sin gran virtud humildes nacimientos,  
Solia decir este ayo de traidores  
En favor de sus falsos pensamientos:  
Que los niños se engañan con amores,  
Y los hombres con falsos juramentos;  
Y que en su mejor ley el mundo quiere,  
Que aquél tenga mas del que mas pudiere.  
Entré escondido, y en su humilde teche  
Con fingido recato recibido  
Lo mas guardado le mostré del pecho,  
Y el fin honrado tras que habia venido;  
Y habiéndole del alma alcaide hecho,  
Dél, y la obscura noche guarecido,  
A mi Arlinda fui á ver, yendo conmigo

El alevoso en hábito de amigo.  
Hallé la ilustre casa alborotada,  
Y mas se alborotó con mi venida;  
Por nueva desventura no pensada,  
De loca ocasion bárbara nacida;  
El sin lealtad tirano en mano armada,  
Insolente furor y alma atrevida,  
Enamorado de mi esposa bella,  
Casarse á su pesar queria con ella.  
Habia intentado el caso por mil modos,  
Ruegos, lisonjas, fieros, amenazas,  
Y habiéndole salido en vano todos,  
A las armas se fue, y dejó las trazas;  
Y un escuadron de cien bastardos godos,  
De aleva sangre y de mestizas razas,  
Envió, que por fuerza ó ruegos rinda  
Del padre el gusto, y de su hija Arlinda.  
Vime de un nuevo enjambre de cuidados  
Cercada la confusa fantasia,  
Los puertos todos del favor tomados,  
Y la salud sin esperanza y guia:  
Mas el aprieto y casos ponderados,  
El breve tiempo, la venida mia,  
La fuerza del tirano, el mando injusto,  
Y el peligro comun de honor y gusto;  
Todo alumbró el confuso entendimiento,  
Y una quimera fabricó ac vista,  
Que puede mucho un noble pensamiento,  
Y es la necesidad grande tracista:  
O fue desesperado arrojamiento,  
O sentencia que el cielo dió en revista  
Contra el tirano infiel, cuya insolencia  
En nada halla y tiene resistencia.  
Yo fui de parecer que libremente  
Al rey se entregue mi querida esposa,  
Corriendo un velo de alegría aparente  
Al triste ceño y cara vergonzosa;  
Pues pretenderia resistir sin gente,  
Volverla afrenta fuera mas vistosa,  
Y donde la insolencia y fuerza daña,  
A veces suele aprovechar la maña.  
Fue ya opinion del ofendido viejo,  
De Hércules Libio ilustre descendiente,  
Que donde no alcanzare el gran pellejo  
Del fuerte leon, se añada el de serpiente:  
Que las fuerzas se ayudan del consejo,  
Y el aninoso aprenda á ser prudente,  
Que donde á ganar nada se aventura,  
Perderse no es valor sino locura.  
Esto dispuse, y no perder su lado,  
Que es el riesgo de honor grave herida,  
Y en hábito de dueña disfrazado,  
Para la muerte encaminé mi vida:  
De un secreto puñal el brazo armado,  
Que de uno de los dos fuese homicida,  
Del tirano, ó si acaso errase el hecho,  
Se entrase de temor dentro en mi pecho.  
Convino el grave acuerdo efectuarse  
A la priesa mayor que el tiempo daba,  
Sin ver el daño que era no guardarse  
Del traidor que allí en vez de amigo estaba:  
¡Oh! ¡cómo debe un cuerdo recatarse:  
Si al mejor tiento la lealtad se acaba!  
Y la sin premio envidia muchas veces,  
Para matar con una hace dos teces.  
Arlinda con la guarda del tirano,  
Y con la mia dejó su honrada casa,  
Y al palacio guió, en que el rey en vano  
Contando el tiempo los minutos pasa,  
Trazando el gusto de entregarse en vano  
En la alta posesion de un bien sin tasa,  
Que un gran deseo sueña montes de oro,  
Que suelen ser al despertar de lloro.  
El sin lealtad Garilo de otra parte,  
Sin mayor premio que mostrarse ingrato,





A riesgo de ambos trata de dar parte  
Al falso rey de mi encubierto trato;  
Y á toda prisa y diligencia parte  
A decir con el suyo mi recato,  
En el de un memorial, que contenia,  
Tras su infame traición la lealtad mia.  
Ya la cuadra real se había cerrado,  
Y el rey con las cortinas en su lecho,  
Al lado suyo Arlinda, yo á su lado,  
Bañando ambos en lágrimas el pecho;  
Y él con el tierno suyo enamorado,  
Procurando ablandarla sin provecho,  
Cuando sonó en la guarda de improviso,  
Que al rey le traen un importante aviso.  
Garilo al rey gallego es quien lo envia,  
Y á quien la honra y vida importa el caso...  
Así su dulce historia proseguia  
El noble godo, cuando el sábio Eraso  
Su nuevo alcaide, sienten que venia,  
Y él por oírlos entretuvo el paso,  
Y Teudonio el aviso de Garilo,  
Y yo tambien, pues se ha quebrado el hilo.  
Que el rumor de la guerra es ya de modo,  
Que el aire en ciega confusion envuelve,  
Y en la francesa furia y valor godo  
Rayos Marte del rojo alfange vuelve:  
Trae revuelto Morgana el mundo todo,  
Sola ella es quien su cólera revuelve,  
Y la ira mujerial cuando se ensaña,  
Entre las iras es la de mas saña.  
Y aunque en el lago blanco retirada,  
Vergonzosa quedó aquel triste dia,  
Que Orlando pudo con la nueva espada  
El jardin destrozar en que vivia;

Ni dél, ni de su injuria está olvidada,  
Que en tristes ansias la alimenta y cria  
Dentro el alma, buscando de continuo  
Para vengar su deshonor camino.  
El grave ultraje á su guedeja de oro,  
Con libre y atrevida mano hecho,  
Y en la encantada sala del tesoro,  
Ya el precioso carbunco sin provecho,  
Los reyes libres, y olvidado el moro,  
Ardiente fragua á su lascivo pecho,  
Trocado todo en gustos de venganza,  
Que son los que en mujer no hacen mudanza.  
La ciega noche atenta contemplando  
Del pardo ciclo aspectos y señales,  
Fue en puntos de efemérides sacando  
De los pasados los futuros males:  
Saturno al sol en diámetro mirando,  
Marte con un cuadrado aspecto, iguales  
Desde Cancro á Saturno, y al sol mira;  
El aire altera, el mundo enciende en ira.  
Y en estos astronómicos secretos  
La mudanza de un reino vió escondida,  
Y en sus soberbias gentes mil efetos  
A su salud contrarios, y á su vida:  
Cerró el libro, y con cercos mas perfetos  
A un apremiado espíritu homicida  
La cuenta pide, y que la dé si sabe  
Adonde el cielo agüera un mal tan grave.  
A la honda boca de una obscura cueva  
Desceñida la halló el siguiente dia,  
Y en medio sus conjuros la luz nueva  
El alma la asombró que la seguía;  
Huyó á su centro, y ella con la nueva  
De deseada venganza y alegría

La vuelta daba, cuando dió con ella  
La bella Alcina, en su carroza bella.  
Son del mago colegio estas dos Hadas  
Las que mas se conforman en los gustos,  
Y así ahora de su antiguo amor llevadas  
Al cuello hacen los lazos mas robustos;  
Y en la carroza de marfil sentadas,  
Olvidados de Francia los disgustos,  
En tierno labio y pláticas sabrosas  
Cuenta se dan y piden de sus cosas.  
Llegan al real palacio de Morgana  
Cuando ya el sol de lleno le embestia,  
Y entre el rocío del campo y la mañana  
En lumbres de oro y de cristal se ardia,  
Donde el diestro pincel con mano ufana  
Bellos dibujos á la vista envia,  
Sonando el pueblo dentro, antes dormido,  
De las puertas de bronce al gran ruido.  
Cercada de sirvientes la carroza,  
De bellas ninfas, y bizarros pajes,  
Que en fresca juventud, y sangre moza,  
Salarios gozan de la Hada y gajes,  
Pasan la altiva puerta, en quien retoza  
La vista por bellisimos follajes,  
De ricas piedras bárbaro tesoro,  
En finos jaspes con perfiles de oro.  
Entran al primer patio en forma ovada,  
De altas columnas de alabastro hecho,  
Donde en arcos de bóveda sentada  
La cimbra sube, y vuela el antepecho:  
De allí, en dos nuevos cuerpos levantada,  
La máquina se encumbra al postrer techo,  
Que en varias acrotéris se remata,  
De enlazados estucos de oro y plata.  
Aquí al gran peso de un cristal de roca,  
Al frio rigor del polo congelado,  
Una clara immortal fuente provoca  
A sed el apetito mas templado:  
Cien faunos lanzan agua por la boca  
En armonía y son diferenciado,  
Y en otras tantas urnas cien hermosas  
Ninfas las ondas cogen deleitosas.  
Estas sufren en peso otra ancha taza,  
Sobre quien una y otra y otra crece,  
De tantos caños, y tan varia traza,  
Que el sutil artificio desvanece;  
Y así en nuevos primores los engaza  
Los unos por los otros, que parece  
Que es toda junta, en su primor distinto,  
De agua y cristal un bello laberinto.  
El patio, á toda cuenta y primor hecho,  
De encajes bellos de bruñidas losas,  
Y por los corredores, trecho á trecho,  
De valiente pincel prendas vistosas:  
De plata los balaustres y antepecho,  
De jaspes escaleras anchurosas,  
Cuyas pomposas puertas y ventanas  
Dan de ébano y marfil sombras galanas.  
De relevado estuco y artesones  
Las bóvedas bellisimas, con cuantas  
Piedras de ingrato amor, transformaciones  
De bellas ninfas, y torcidas plantas  
Da la parlera Grecia en sus ficciones,  
Y en sus verdades las historias santas,  
Cuyo diestro pincel abre en la vista  
De gusto al alma un nuevo coronista.  
De cuadros de primor ricos encajes  
Coronan la imperial tapiceria,  
Con faunos, fuentes, ríseos y follajes,  
Dianas, Venus, cazas, monteria:  
Una Flora entre rosas y celages,  
Un muerto Adonis, una Procris fria,  
Aquí un Faeton cayendo, acullá un Midas,  
En oro las arenas eonvertidas.  
Pasaron las dos Hadas á sentarse

En persianos tapetes de brocado,  
En una sala, que á dejar mirarse  
Su techo de oro y pedreria grabado,  
Pudiera de pobreza avergonzarse  
Neron con su palacio celebrado,  
Aunque fue el desconcierto sin segundo,  
Que el oro embebió en sí de todo el mundo.  
Exalando perfumes y vapores  
De aromas finas, pebeteros de oro,  
Con lo mejor de Arabia, y sus olores  
Fiesta á la diosa hacen del tesoro;  
Y de cítaras, lirás y cantores,  
Vigüelas y harpas, un tropel sonoro  
En conforme y suavísima harmonía,  
Le añaden gala á la en que nace el dia.  
En gozar della, y ver la hermosura  
Del fértil campo en bellos miradores,  
De la aurora pasaron la frescura,  
Y del sol los primeros resplandores:  
Mientras el maestresala, que procura  
Las mesas adornar y aparadores,  
Con vasos de oro, en pompa ufana y larga,  
De rica y nueva magestad los carga.  
En la sala de Apolo la real fiesta  
Por mas ostentacion hizo aquel dia,  
Dicha así, de una imágen suya puesta  
En un rico Parnaso que allí habia,  
Con soberbios collados y floresta,  
De árboles de oro y varia pedreria,  
Aves de alegres plumas y colores,  
Y ricas perlas en lugar de flores.  
Viase Dafne en medio, convertida  
En un fresco laurel; viase á su lado  
El dios de amor, la venda desceñida,  
Riendo el triunfo, al arco recostado:  
Llorando Apolo, Dafne arrepentida,  
El mundo triste, y el cruel vengado,  
Y entre las arboledas de Peneo  
Tañendo á veces y cantando Orfeo.  
Es de la altiva sala la techumbre  
Un repartido cielo en mil estrellas,  
Que del sol de un carbunco enciende lumbre  
La plateada luna á un tiempo, y ellas;  
A quien sigue la escelsa pesadumbre  
De clavos de cristal y ruedas bellas,  
Con su cerco vital, cuyo tesoro  
La esfera parte en varios climas de oro.  
Los apartados polos, donde el yelo  
El blanco nacar da á las ondas frias,  
Las templadas regiones, y aquel suelo  
Donde tú, Apolo, sopló ardiente envias;  
El Oriente abrasador del cielo,  
Término de las noches y los dias,  
Profunda sima, y anchurosa cava,  
Adonde el mundo sin morir se acaba.  
El abrasado igual meridiano,  
De luz sembrado y puntas de oro fino,  
Cuya dorada y no torcida mano  
Fiel lumbre al mundo llueve de continuo;  
Los trópicos de invierno y de verano,  
Del sol cerrada cárcel y camino,  
Uno de nieve y tempestad cubierto,  
Y en siempre nuevas flores otro abierto.  
La línea de igualdad, cuyas vertientes  
Los montes miran sin ninguna altura,  
Que unas tiznadas y desnudas gentes  
Cultivan en eterna calentura:  
Los coluros que ciñen ambas frentes  
A los dos nortes, y con luz segura,  
El estrellado cerco que los guia  
Adonde vive sin morir el dia.  
Hay un camino de oro que divide  
Del círculo vital la anchura ardiente,  
Por quien el rubio sol que el cielo mide  
Ya con luto se ha visto entre la gente;



Y la encantada luna, que preside  
Al flojo sueño en su mayor creciente,  
Se vió alegre salir con sus estrellas,  
Y faltarle la luz en medio dellas.

Relumbra aquí el dorado vellocino  
Que un tiempo á Colcos hizo ser famosa:  
Y el toro que con cuernos de oro fino  
Nadando el mar pasó una ninfa hermosa:  
Dos niños, uno humano, otro divino,  
El canero y su figura portentosa,  
El leon con la cerviz de oro estrellada,  
Y la virgen de espigas coronada.

El peso ajustador de nuestras horas,  
El escorpion de su veneno armado,  
El que con arco y flechas voladoras  
De tierna nieve deja el campo helado:  
El frio capricornio, que en sonoras  
Borrascas da el sereno mar turbado,  
El copero que á Júpiter infama  
Con los dos peces de argentada escama.

Las frias nietas del nevado Atlante,  
El dorado orion armado y fiero,  
Que al triste y solitario caminante  
De guía á veces sirve y compañero:  
El carro de oro en ruedas de diamante,  
Las dos osas, las guardas, y el lucero,  
Y el fijo norte que á sus pies relumbra,  
Que es quien las horas de la noche alumbrá.

O sea pincel sutil, ó mago aliento,  
Fuerza de ingenio, yerbas, ó conjuro,  
No hay en el cielo esfera, movimiento,  
Signo, estrella, planeta ni conjuro,  
Aspecto, casa, conjuncion, aumento,  
Oriente claro, ni Poniente obscuro,  
Que por esta ancha sala, y su discurso,  
No haga en su natural periodo curso.

El año, la semana, el mes, y el día,  
Creciendo en su volar, y decreciendo,  
La clara luz á la tiniebla fria,  
Con bellos rayos de oro hace ir huyendo:  
De la flor tierna que el verano envía,  
Dulce fruto el otoño está vertiendo,  
Por sustento al invierno y al estío,  
Este rico en calor, el otro en frío.

Sin lo que hermoso aquí la vista goza,  
Que es del mundo la máquina abreviada,  
La alegre escuadra de aves que retoza,  
Toda la vuelve en suavidad bañada:  
Canta, gorgoea, despierta, y alborozá  
A Orfeo, que ayude, si á Morgana agrada;  
Mas si ella con su gusto no lo entabla,  
Todo ello es oro muerto que no habla.

Sirve esta alegre pieza de intervalo,  
Y antecámara de otra mas secreta,  
Donde su estudio tiene y su regalo  
De libros en quietud y paz perfecta:  
Yo en su dulce memoria me regalo,  
Que á un pacifico gusto y vida quieta  
En sabia juventud nada le iguala,  
Y mas con tal estudio, y con tal sala.

Aquí las reales mesas coronadas  
De costosas bajillas de oro fino,  
Con preciosos manjares ocupadas,  
Vestidas dió aquel día el blanco lino;  
Donde en comida espléndida á las Hadas  
Las tazas colman de espumante vino,  
Y en graves salvas sirven y aparato  
La real ostentacion de cada plato.

#### ALEGORIA.

De tal manera se puso el blanco y último fin desta obra  
en la moralidad y enseñanza de costumbres, que lo que  
en otra parece accidental y accesorio, puede confesarse  
en esta por principal intento; y así en ninguna parte va  
tan oscura, que no descubra y dé algunas centellas y

resplandores de sí, mostrando debajo de la dulzura del  
velo fabuloso, la doctrina y avisos convenientes á la vir-  
tud; de modo que si aquí por evitar prolijidad no se des-  
cubre toda la alegoria, podrá con este estilo sacar la quien  
con atencion la leyere.

En las prosperidades de Francia, tan vecinas á su  
caída, se descubre la poca estabilidad de los bienes tem-  
porales, y como entonces tiene el prudente mas que tem-  
er, cuando en mayor grandeza se halla, porque ni á  
la virtud le faltó emulacion, ni á la envidia modos para  
dañar.

Las Hadas significan los efectos y pasiones del ánimo  
sensitivo, y así ninguna hay en que no se pinte alguno  
dellos: Alcina, el apetito amoroso; Morgana, el de la  
riqueza; Febosilla, el de la fama; Falerina, que labró  
la espada para matar á Orlando, las astucias de la guer-  
ra, á cuyas manos suelen morir los mas invencibles ca-  
pitanes.

En Teudonio, tan privado en el gobiernó del rey Cas-  
to, y luego puesto por él mismo en prision, se mues-  
tra lo poco que hay que fiar en favores de principes,  
que tan dispuestos están á pasarse de un extremo á  
otro, porque en cuanto hombres, aunque reyes, son  
mudables.

En la tragedia de Alancredo y Rosia se muestran cuan  
juntos y engazados andan en los amores los gustos y los  
disgustos; y en la de Manuces en medio de los suyos,  
el ordinario fin de un tirano.

En Garilo, que traidoramante quiere vender á su ami-  
go, el gran riesgo que hay en fiar secretos de importan-  
cia á hombre de quien no se tenga entera satisfaccion.

En la amistad de Alcina y Morgana se dice, que el  
apetito de la sensualidad y el de las riquezas, son las  
dos pasiones que mas unidas están en el deseo humano,  
y que hasta en los cursos de los cielos pretende el rico  
tener dominio.

### LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO. Cuenta Alcina á Morgana la causa de su venida,  
las admirables cosas que vió en la cueva de los hados: y para  
darle entera relacion de la persona de Bernardo, que las ha  
de dar vengadas de Orlando, y los demás paladines; refiere  
el origen de los godos en España, de cuyo linaje él descende.  
Morgana, agradada de la relacion del mancebo, promete darle  
para adorno de su persona las celebradas armas de Aquiles.  
Pintase la casa de la fama, y la que hay de la venida del  
Francés. Libra Ferraguto una ninfa de las manos de un sátiro,  
que se convierte en la fuente del Desengaño, y la ninfa en un  
lienzo de su labor en profecía le muestra algunos valerosos  
capitanes de España.

TEMPLÓ en tanto Gadir su laud dorado,  
Y todo en furor bélico encendido,  
Por el aire sutil dejó sembrado  
Del suave acento un resonar medido:  
De tan varia harmonia acompañado,  
Que el alma cautivó por el oido,  
Al dulce son que en los sentidos dejan  
Los golpes de las cuerdas que se quejan.

Y dando á los bemoles compañía  
La dulce voz de su divino canto,  
La beldad comenzó á cantar, que el día  
Al mundo saca en su rosado manto:  
Las flores que derrama la alegría,  
En que á la noche trueca el ciego manto,  
Y en irvisible y blando movimiento  
De negras sombras barre y limpia el viento.

Hurta á la luna el oro de su esfera,  
Y á las estrellas su argentado brio,  
Entolda de jazmines su litera,  
Respira el aire blando aljofar frio,  
Sale el dorado sol, la mar se altera,  
Tiembla la luz sobre el eristal sombrío,  
Y de su barro el caluroso aliento,  
El bajo suelo humea, y arde el viento.

Y ya despues que toda esta hermosura  
Al bello rostro acomodó de Alcina,  
Y el lisonjero labio su dulzura  
Envuelta dió en destreza peregrina:  
La antigüedad del largo tiempo obscura

Veloz cantó, y la priesa en que camina  
El origen del mundo, y cuando el cielo  
Feliz principio halló á su inmortal velo.

Cantó de las mudanzas de fortuna  
En su inconstante esfera el punto breve,  
Cantó al sol sus eclipses, y á la luna  
La luz que con dorados cuernos bebe:  
Cantó el fatal colegio, y de una en una  
Las Hadas celebró su canto leve,  
Tocando á vueltas no menuda parte  
De heróicos hechos del sangriento Marte.

Y acabada la música y comida  
En pomposa grandeza y aparato,  
La una magestad á la otra unida  
A gozar fueron del jardín un rato:  
En cuya alfombra fértil y florida,  
Vivo de la beldad dormía el retrato,  
Al templar con los árboles y el viento  
El tierno ruiseñor su alegre acento.

Habia por él diversos cenadores,  
Sobre estanque y arroyos cristalinos,  
De estatuas adornados y primores,  
Y de diestro pincel cuadros divinos:  
Allí burlas y juegos de pastores,  
Personajes de risa y desatinos,  
Aquí brutescos, acullá grimazos,  
Y de olmos y de parras mil abrazos.

Despues que con jazmines y claveles,  
Azules lirios y encarnadas rosas,  
Lo mas vistoso hurtando á sus vergeles,  
Sus cabezas volvieron mas vistosas:  
Al márgen de un arroyo entre laureles,  
Sobre alcatifas pérsicas preciosas,  
A sombras frescas de una vid lozana,  
Así Alcina habló, y oyó Morgana:

«Si ya deseas saber, oh reina hermosa,  
De mi nueva venida el fundamento,  
Que causa hacerme pudo venturosa,  
A hurtarle á tu vista este contento:  
Negocios graves, ocasion forzosa,  
A salir me obligaron de mi asiento,  
Aunque el gusto de verte lo hiciera,  
Del muerto mundo cuando allá estuviera.

Mas hoy este regalo y mi venida  
A tu servicio queden, y á mi cuenta,  
Que tú en venirme á ver serás servida,  
Y yo en verte cual ves rica y contenta:  
Un agravio comun nunca se olvida,  
Ni á un noble la memoria de su afrenta,  
Ni á un amigo, si lo es en lo que digo,  
La injuria que le hicieron á su amigo.

Despues que tu jardín fue destrogado  
Por la mano de aquel francés furioso  
Que ganó á Balisarda, y ha ganado  
Contra nuestra nacion nombre famoso;  
Nunca de mi memoria se ha borrado  
De la afrenta el ultraje vergonzoso  
En que su espada nos dejó, y quedamos  
Las que de sangre tuya nos preciamos.

Y aunque ninguna goza en tu linaje  
Derecha accion á la fatal bebida,  
De cuyo vaso y su inmortal brebaje  
El brio descende á nuestra larga vida,  
Que recibido no haya algun ultraje  
Desta nacion francesa mal nacida,  
Todas sin hacer caso de los suyos,  
Como á mas principal lloran los tuyos.

Atí contenta sola, á tí vengada,  
Desea en esta ocasion la mas briosa,  
Y yo mas como mas interesada,  
Y en yerros contra tí menos piadosa,  
Que como rica debes ser honrada,  
Y en solo este cuidado cuidadosa,  
Ninguna diligencia he perdonado,  
Oye lo que con ellas he alcanzado.

Donde el mar Jónio al Ténaro le baña  
Los verdes jaspes de su fértil vena,  
Y en bosque espeso y hórrida montaña  
Sobre las nubes se encarama y suena:  
De entrada obscura, y abertura estraña  
De negro hollin, herrumbre, y lamas llena,  
Una espantosa cueva se descubre,  
Que el cielo y mar con humo altera y cubre.

Por esta se camina al ciego mundo,  
Y Alcides á esta luz sacó el cerbero,  
Cuando de las deidades del profundo  
Victorioso salió, arrogante y fiero:  
Aquí la muerte tiene otro segundo  
Caron, que asista y sirva de portero,  
A cuyo aliento y calido bochorno  
El vivo huye, el muerto tiembla en torno.

En cierto aspecto de menguante luna  
La obscura cueva está en segura entrada,  
Hasta donde en los libros de fortuna  
La humana cuenta se nos da ajustada:  
Por tu ocasion aquí en hora oportuna,  
De fantasmas bajé y horror cercada,  
Á consultar tu caso, y ser testigo  
De lo que allí hallé, y aquí te digo.

Despues que por torcidos escalones,  
Vacios de claridad, bajé á los senos  
De la tierra y sus negros artesones,  
De hollin tiznados, y de sombras llenos,  
Antes del triste término y mojonés,  
Del reino de Pluton vi unos serenos  
Campos, y allí un castillo, á quien el día  
De la suya una luz dudosa envía.

En la jurisdiccion de los mortales  
Este alcazar está, y quien dentro vive,  
De aquí el hado, los bienes y los males  
A la tierra despacha, y apercibe:  
Aquí con altibajos desiguales  
Fortunas labra, y su valor describe;  
Y aquí es al fin la casa de moneda,  
De cuanta el tiempo por el mundo rueda.

Aquí Demogorzon está sentado  
En su banco fatal, cuyo decreto  
De las supremas causas es guardado  
Por inviolable y celestial precepto:  
Las parcas y su estambre delicado,  
A cuyo huso el mundo está sujeto,  
La fea muerte y el vivir lucido,  
Y el negro lago del oscuro olvido.

Aquí se labra el siglo venidero,  
Y las humanas inviolables leyes,  
Que ni el tiempo las muda lisonjero,  
Ni las quebrantan principes ni reyes:  
Cuelga el último día del primero,  
Y en torpe yunta de alquilados bueyes  
Ara la vida el mundo, y nadie advierte  
Que es el vivir dar pasos á la muerte.

Aquí en negro dosel sin luz sentadas  
Tres diosas hilan las humanas vidas,  
Al curso las madejas devanadas  
De nueve ruedas de cristal lucidas:  
Donde en el huso apenas marañadas,  
Las blandas hebras crecen mal torcidas,  
Cuando de todas tres la mas ligera,  
Por lo hilado corre la tijera.

Copos de suertes y colores varias,  
Unos blancos sin tez, otros lustrosos,  
Unos á quien los reyes pagan párias,  
Y otros que pechan á les mas astrosos:  
Cuales de tornasol hebras voltarias,  
Cuales de rica luz hilos preciosos,  
Cuales de alquimia, y cuales de oro fino,  
Y en cada cuál su hebra y su camjino.

El siglo venidero, la mudanza  
De reyes, reinos, casas y dictados,  
Lo que el distrito de fortuna alcanza,